

LA MUERTE EN EL "DIARIO ÍNTIMO" DE UNAMUNO

Death in Unamuno's "Diario Íntimo"

Luis FRAYLE DELGADO
Salamanca (España)

BIBLID [0210-749X (1996) 31]

Ref. bibliogr. FRAYLE DELGADO, Luis. La muerte en el "Diario Íntimo" de Unamuno. *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 1996, 31, páginas 89-97

INTRODUCCIÓN

La vida, el amor y la muerte, creo yo, constituyen la trilogía de la que brota el pensamiento existencial de Don Miguel de Unamuno.

En su obra la vida está siempre en relación con la muerte, y la muerte debe ser superada por la vida. El amor genera la vida y hay una lucha titánica entre Eros y Tánatos, o mejor de Tánatos contra Eros, cuya síntesis es una existencia en agnía, en la que vive y piensa Don Miguel.

Mi exposición no pretende ser más que unas glosas, unas reflexiones sencillas al hilo de la lectura del *Diario Íntimo*, donde he visto que Eros está sobreentendido o ha sido eliminado, de tal manera que nos queda sólo la Muerte como personaje central de esta historia íntima, que es la historia de la "Crisis" de Don Miguel y de su intento de superación por medio de una *ascesis cristiana*.

Pocas veces emplea en el "Diario Íntimo" la palabra o el concepto del amor. Una de ellas muy significativamente compara el deleite del amor carnal, de gene-

ración, al deleite de la ciencia y el arte, para decirnos que esos deleites, por mundanos, son causa de muerte, como aquella concupiscencia es causa de muerte¹.

Y en otro lugar nos dice

Hay que tener a la mujer como si no se tuviese y las riquezas lo mismo².

Habla otras veces del amor en el sentido religioso, del amor a la Virgen y a la Iglesia³, del amor a Jesús, a Dios⁴, del amor al prójimo⁵.

I. LA CRISIS

La "Crisis" de Unamuno, de todos conocida, es una crisis de fe en un sentido amplio, y consistió en un intento de racionalizar sus creencias anteriores, de la infancia y la adolescencia, nacidas y abrigadas en un ambiente familiar católico y por una formación religiosa ortodoxa e incluso piadosa en sus estudios de bachillerato.

Pero esa infancia quedó marcada por "un hecho"⁶ del que él mismo nos dice:

Nunca lograré olvidar, ni aunque lo quisiera, lo que podría llamar con toda propiedad el horizonte terrestre de mi historia íntima, de la biografía de mi alma...

Ese horizonte lo describe el mismo Unamuno en este texto que dejó escrito y ha publicado el Prof. Robles:

...Mi padre encerrado en su gabinete trabajaba como de costumbre... De pronto mi madre sacudió la cabeza –aún me parece ver la palpitación de su rubia cabellera sobre el celaje del ocaso– y exclamó con voz como de agonizante. "¿Qué? ¿Qué es?". Había sonado un tiro en el gabinete.

Mi padre yacía en su sillón blanco y rojo, blanco de cera el rostro y enrojecido por un chorrillo de sangre que le brotaba de la sien...

Aquella muerte voluntaria y sobre todo la razón de ella –¿Por qué se había matado?– empezó a ser el misterio inicial de mi vida⁷.

1. Cf. *Diario Intimo*, Alianza, Edic. 1994, p. 17.

2. *D.I.*, p. 66.

3. *D.I.*, pp. 29-31.

4. *D.I.*, pp. 35-36.

5. *D.I.*, p. 37.

6. Ponemos "un hecho" entre comillas. Una vez leído este texto en las "III Jornadas Unamuninas", surgió la polémica. ¿Es un texto autobiográfico, o novelesco? ¿o ambas cosas a la vez? José Antonio Ereño Altuna ha aportado el certificado de defunción de Félix Unamuno, que falleció el 14 de julio de 1870, a los 47 años. Miguel de Unamuno tenía seis años. Es significativo que Unamuno en sus obras apenas menciona a su padre. Simultáneamente apareció en *INSULA*, marzo, 1996, nº 591, pp. 345 ss., un artículo de María Dolores Dobón: "El suicidio del Padre". Un texto inédito de Unamuno. Recordemos que este texto había sido publicado por L. Robles en 1995. En dicho artículo se da una interpretación freudiana, conectando con el problema unamuniano de la fe y la duda. Sería el asesinato del Padre (Dios).

El problema exegético de este texto sigue planteado.

7. L. ROBLES, El Padre Lecanda, confesor de Unamuno, en *Miguel de Unamuno y el Padre Lecanda*, CSIC, 1995, pp. 32-34.

Realmente la muerte fue el misterio de su vida y de su pensamiento. La llamada "crisis" de Unamuno surgida de los problemas intelectuales que se le plantean en la adolescencia y de los intentos de racionalizar sus creencias, en un temperamento a la vez reflexivo y de un vitalismo extraordinario, tiene un punto axial sobre el que gira su problema existencial en torno al ser y la nada, en torno a su propia pervivencia o aniquilación definitiva, es el hecho ineludible de la muerte.

Es sabido que Unamuno, finalizado el bachillerato, en cuya última etapa vivió un período de honda religiosidad y "misticismo", incluida la vocación religiosa y las ansias apostólicas, atormentado también por los escrúpulos de conciencia, "habiendo sido –como el mismo dice–, un católico practicante y fervoroso", ya en su época universitaria y en Madrid dejó de serlo y comenzó a pensar su fe y a buscar el verdadero cristianismo debajo del ropaje católico, hasta renunciar a los aspectos rituales y externos de la religión que profesaba y a buscar la luz en los filósofos, para volver siempre al problema religioso que está en la base de sus preocupaciones.

La crisis de Unamuno no es un problema de ateísmo es un problema de identidad cristiana, es un problema de fe, de fe en el sentido tradicional y escolástico, es decir se le plantea el problema del "obsequium rationale" a los dogmas; y no rechaza tanto los misterios cuanto la irracionalidad de los misterios. Parece que en estos momentos ha iniciado el camino de la heterodoxia, que le caracteriza y que ya no abandonará nunca⁸.

En 1897, la situación se le hace insostenible. El estado de angustia que Unamuno viene arrastrando desde hace años, hace crisis y hay una reacción que tiene un nombre y nos ha quedado como documento de su propia mano, es el "Diario Íntimo". Son unas notas de un retiro y ejercicios espirituales que hace en Alcalá de Henares, en el Colegio del P. Lecanda, su antiguo director espiritual, que le dirige esos ejercicios, según la terminología de entonces. Es un revulsivo aconsejado por el sacerdote para enfrentar la situación de crisis en que se encuentra su amigo.

II. LA FE Y LA DUDA

Para comprender este texto hay que recordar que durante los días en que fue escrito Unamuno lee la Biblia, el Kempis, y algunos otros libros piadosos. También hay que conocer su entorno literario, es decir lo que escribe antes y después; pero para tener una visión totalizadora hay que recordar los problemas que se plantea ya nuestro pensador en "Guerra y Paz", y sobre todo recordar a su personaje de "Nuevo Mundo", Eugenio Rodero; y también el capítulo "Hambre de inmortalidad", que con serenidad escribió pocos años después en "Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos".

"Nuevo Mundo" es, según Robles, la antesala de "Diario Íntimo" y de la llamada "crisis del 97", que es más que una crisis religiosa". En sus palabras,

8. Cf. L. ROBLES, l. c., pp. 7-8.

Es el paso del materialismo al espiritualismo, del positivismo al humanismo, del cientificismo craso al mundo de los valores. Es, en fin, el paso del dogmatismo científico al liberalismo⁹.

Unamuno termina esta obra autobiográfica un año antes de la escritura de "Diario Íntimo", en el 96, y en ella nos describe la crisis de valores que en el orden moral y religioso se le plantea a Eduardo Rodero (el mismo Miguel de Unamuno) al marchar a Madrid para hacer sus estudios en la Universidad. Los problemas se le presentan con la aparición y acendramiento de la personalidad. Es una historia individual y personal en la que se describen los rasgos fundamentales de las luchas íntimas que sostiene en el interior de su conciencia, al presentarse el amor y la mujer, y las dudas de fe. Son, sin duda, los problemas comunes que se plantean en el "te vas haciendo hombre" a todo joven. Ni más ni menos que a los demás, pero la profundidad intelectual de Unamuno y su recia y hasta tozuda personalidad, crean un mundo de conflictos especial y único, que perdura no sólo hasta la escritura de estas obras, en la madurez de la treintena, sino durante toda la vida. "Nuevo Mundo" es un pórtico extraordinario para entrar en el "Diario Íntimo".

El problema religioso de Unamuno, tal como se plantea en estos cuadernos, está en conexión con la relación personal de Unamuno con el Padre Lecanda. Este religioso oratoriano, que dirigió en Bilbao la Congregación de San Luis Gonzaga, a la que perteneció y de la que fue secretario Unamuno en sus años de estudiante (1879-80), influyó mucho en él, bien sea en el sentido de orientador, o también en sentido negativo, como el que ostenta en la paz y la serenidad del espíritu las ideas que constituyen el conflicto de Unamuno.

Su relación con Lecanda fue personal y directa en los años de bachillerato y de ella afirma, entre otras cosas:

Eterna memoria y fecundo surco dejó en mi la Congregación de San Luis Gonzaga a que pertencí¹⁰.

Desde entonces la figura del sacerdote director espiritual estuvo presente en su vida y obras (recordemos al Padre Álvarez, en este caso confesor, no director, por reacción, de Gertrudis, en "la tía Tula"). Y sobre todo recordemos su misma aspiración que tantas veces pone en práctica, la de ser director de jóvenes, por así decirlo un director espiritual laico. Nos remitimos para este tema a su correspondencia con el joven periodista González de Candamo¹¹.

El Padre Lecanda se trasladó después a Alcalá de Henares y la vida de Unamuno siguió otros derroteros. Pero la amistad continuó por correspondencia, y con algunas visitas intermitentes, a veces excesivamente espaciadas.

Para interpretar el "Diario Íntimo" nos interesa la visita que Unamuno hizo al Padre Lecanda, a petición de este, en 1897, durante la Semana Santa. La crisis se había agudizado y Unamuno estuvo al borde del suicidio¹².

9. Nuevo Mundo, 1994, p. 30.

10. O.C.E. VIII, 146 (Citado por L. ROBLES, *o.c.*, p. 6).

11. Cf. L. FRAYLE DELGADO, *El amor de Unamuno y sus contemporáneos*, 1995, p. 15 ss.

12. Cf. L. ROBLES, l. c., p. 13.

Unamuno, catedrático de Salamanca, afiliado al partido socialista, hombre casado y padre de familia, se interna en un convento y hace ejercicios espirituales de una semana, dirigidos por su antiguo director y siempre amigo. Don Miguel va redactando unas notas, como tantos otros ejercitantes hemos hecho, en las que queda claro que pretende lo que él mismo y sus amigos llaman la "conversión", es decir la vuelta a la fe que había perdido en su juventud.

Pero no nos engañemos, Don Miguel no es un ateo, no fue nunca un ateo, es más, Don Miguel fue un hombre profundamente religioso "homo religioso"¹³, y un cristiano auténtico, si bien heterodoxo. Su crisis fue una crisis de fe, o mejor de creencias, de las creencias que le habían venido por la vía de la religión y en general de la autoridad católica, de su familia y sus maestros.

En esta breve exposición nos reduciremos a "Diario Íntimo", y para entender mejor la posición de Unamuno ante la "fe católica", hemos de entender que Don Miguel no fue un teólogo, teólogo en el sentido tradicional, ya que no estudió ni aprendió la teología sistemáticamente, en cuanto ciencia explicativa de los dogmas. Unamuno, eso sí, se sabía de memoria el catecismo del P. Astete, que cita con frecuencia; y como recuerda en "La tía Tula" refiriéndose a las sobrinas de Don Primitivo, conocía él mismo el catecismo explicado del P. Mazo, que se siguió comentando en las iglesias hasta la mitad de este siglo. Además leía la Biblia en sus lenguas originales, y a los místicos; y leyó a los modernistas y a otros escritores nada ortodoxos. Entendía la fe como un "obsequium rationale", y menos como un camino en la búsqueda del misterio cristiano, en un momento en que la exégesis bíblica estaba todavía en un estadio primitivo.

III. EL MIEDO A LA MUERTE

Unamuno entiende también la fe en el sentido objetivo como el conjunto de dogmas, y la duda, o los problemas que se le plantean para la aceptación racional, es para Unamuno un hecho vital y existencial. El núcleo de la duda se le instala en el ser, el punto culminante de la duda religiosa en un hombre religioso y vitalista como nuestro Don Miguel, es el problema de la existencia, de la supervivencia.

Tal problema nace del hecho insoslayable de la muerte que nos acosa. Ante este hecho el hombre pensador Unamuno se plantea el dilema del ser o la nada, es decir, la trascendencia o el aniquilamiento. Ese problema interiorizado se convierte en la "duda agónica", una agonía en el sentido original y también en el vivir muriendo. Como nos dice él mismo:

Vivir, vivir de veras, vivir espontáneamente, sin segunda intención, vivir para morir y seguir viviendo. He aquí lo que se consigue con la santa sencillez que da Dios al que se humilla¹⁴.

13. Cf. P. CEREZO, *Las máscaras de lo trágico*, 1996, p. 497 ss.

14. *D.I.*, p. 29.

Habría llegado aquí Unamuno muy cerca de aquel misticismo de Teresa de Jesús, del "Vivo sin vivir en mí...", cuando paradójicamente, como tantas veces, va a decir a continuación:

He llegado al ateísmo intelectual, hasta imaginar un mundo sin Dios¹⁵...

Esta agonía lleva consigo un sufrimiento tal, que es más terrible que el mismo infierno. Hay un texto clave en el "Diario Íntimo" para interpretar la crisis de Unamuno:

Por el infierno empecé a rebelarme contra la fe; lo primero que deseché de mi fe fue la fe en el infierno, como un absurdo inmoral. Mi terror ha sido el aniquilamiento, la anulación, la nada más allá de la tumba. ¿Para qué más infierno, me decía? Y esa idea me atormentaba. En el infierno –me decía– se sufre pero se vive, y el caso es vivir, ser, aunque sea sufriendo. Ese temor a la nada es un temor pagano. Dame, Dios mío, fe en el infierno ¿Le hay? Si llego a creer en él es que le hay¹⁶.

Esa misma idea la repite unos años después de una manera más reflexiva en "Del Sentimiento trágico":

Y he de confesar, en efecto, por dolorosa que la confesión sea, que nunca en los días de la fe ingenua de mi mocedad, me hicieron temblar las descripciones, por truculentas que fuesen, de las torturas del infierno, sentí siempre ser la nada mucho más aterradora que él¹⁷.

El quicio del problema unamuniano de la fe es por tanto la duda de qué hay tras la muerte. Teme no tanto al infierno como al aniquilamiento. El temor a la muerte, hecho ineludible, se debe según Unamuno al temor al "más allá", con posibilidad de caer en nada absoluta.

IV. ASCESIS PARA LA SUPERACIÓN DEL MIEDO A LA MUERTE

En esa lucha contra el terror a la muerte, que lleva consigo la propia aniquilación, Unamuno emprende en su retiro de Alcalá una ascesis que podríamos resumir en estas palabras suyas:

Aprende a vivir en Dios y no temerás la muerte, por que Dios es inmortal¹⁸.

Pero una ascesis es un camino. Lo primero que hay que pretender es la aceptación de la muerte. La muerte para Unamuno es un misterio¹⁹. Hay que hacer frente a ese misterio:

Puesto que la muerte es el término natural de la vida y el camino natural de esta es ir a aquella, y su natural luz la luz de su fin. Sólo se comprende la vida a la luz de la muerte. Prepararse a morir es vivir naturalmente²⁰.

15. *D.I.*, p. 29.

16. *D.I.*, p. 41.

17. *O.c.*, Alianza, 1986, p. 57.

18. *D.I.*, p. 36.

19. *D.I.*, p. 26.

20. *D.I.*, p. 27.

Y en otro lugar dice:

Este último acto (la muerte) determina todos los demás y les da su significación definitiva²¹.

Todo el "Diario Íntimo" es una ascesis cristiana hacia el mismo fin, la liberación de la muerte. En el primer cuaderno, con una expresión más espontánea. Los otros tres que fue escribiendo después al hilo de las lecturas seguramente aconsejadas por el P. Lecanda, como continuación o fruto inmediato de los días de retiro, Unamuno es más reflexivo al comentar diversas lecturas, entre las que no hay que olvidar el Kempis, con su ascesis de la negación y una visión medieval de la vida y de la muerte.

Unamuno busca de nuevo la fe, sobre todo la fe en la pervivencia, que en cristiano es la Resurrección, para librarse de los miedos de ultratumba. Dice:

Dame fe, Dios mio, que si logro la fe en la otra vida, es que la hay²².

Al hacer todo esto para conseguir la fe, es sin duda un asceta, por lo menos. Abandona el mundo, la familia, los amigos, las preocupaciones profesionales, y se va a buscar a Dios encerrándose en un convento como un eremita. Y sigue después leyendo las Escrituras y libros piadosos.

Pero ¿que busca Don Miguel? Busca ralmente a Dios, o busca su "ego"?

Para responder a esta pregunta, hay que observar que el problema de la muerte y la supervivencia está íntimamente ligado a su autocomplacencia, o culto al "ego":

Yo era el centro del universo y es claro, de aquí ese terror a la muerte. Llegué a persuadirme de que muerto yo se acababa el mundo²³.

Y en otro lugar del Diario:

Yo recuerdo haberme quedado alguna vez mirándome al espejo hasta desdoblarme y ver mi propia imagen como un sujeto extraño, y una vez en que estando así pronuncié quedo mi propio nombre, lo oí como voz extraña que me llamaba, y me llamaba, y me sobrecogí todo como si sintiera el abismo de la nada y me sintiera una vana sombra pasajera. ¡Qué tristeza entonces! Parece que se sumerge uno en aguas insondables que le cortan toda respiración y que disipándose todo, avanza la nada, la muerte eterna²⁴.

Sobrevivir como sea, esa es la aspiración de Don Miguel de Unamuno. Este es su problema. Sobre la Biblia y los autores ascéticos que está leyendo, se plantea en su interior el debate de la pervivencia entre la "memoria" y la trascendencia cristiana.

21. Tomado del P. FÁBER, *D.I.*, p. 31.

22. *D.I.*, p. 26.

23. *D.I.*, p. 36.

24. *D.I.*, pp. 49-50.

Se ha planteado esa pervivencia del yo en la "memoria", en la fama:

Vive en nosotros el recuerdo de las personas queridas que se nos han muerto; pero al morir nosotros, morirá ese recuerdo? Moriremos nosotros y quedará nuestro recuerdo en la tierra ¿qué es ese recuerdo? y al morir las personas que guardan piadosamente memoria de nosotros, morirá en la tierra nuestro recuerdo²⁵.

Y en otro lugar dice:

¡Dejar un nombre! Efectivamente, dejarlo, y no llevárselo consigo. ¿Dejar un nombre en la historia! ¡Qué locura junto a llevarse un alma a la eternidad! Parece imposible que se ame más al nombre que a sí propio²⁶.

Sin duda aquí Don Miguel no se conforma con esa vida de la fama, busca una pervivencia del yo personal. Dice:

Es un tremendo misterio el de la sed de infinito, el de aspiración del hombre a Dios²⁷.

Rechaza la sabiduría del mundo para quien la muerte del hombre es como la muerte del jumento, y quiere por la fe levantarse más alto para comprender la muerte:

Pero si se abandona a la gracia, y alegra su corazón en el Señor, llega a otra sabiduría la de la fe, que le levanta sobre los jumentos²⁸.

Pero todo esto es una ascesis y Don Miguel todavía no ha llegado a la mística unión con Dios o está en la vía purgativa. La ascesis es un camino que hay que andar en sequedad. Dice:

Miércoles santo. Una calma de muerte, no veo mi asunto más que intelectualmente²⁹.

Y en otro lugar:

Estoy sumido en una gran sequedad. No logro provocar en mí aquel terrible temor de la muerte que me metió en tantas angustias³⁰.

Y también:

Hoy domingo de resurrección y yo no he resucitado todavía a la comunión de los fieles³¹.

25. *DI.*, pp. 25 ss.

26. *DI.*, pp. 95-96.

27. *DI.*, p. 47.

28. *DI.*, p. 47.

29. *DI.*, p. 35.

30. *DI.*, p. 60.

31. *DI.*, p. 51.

Y después:

Cristo ha resucitado en mí para darme fe en su resurrección, principio de su doctrina de salud³²...

De todos modos la aspiración unamuniana es aquí y, creo yo, será en toda su existencia, la que expresa en el grito que da un poco más adelante:

No, no quiero morir del todo³³.

Este grito, este anhelo de vivir está presente en toda su obra. Recordemos, por poner un ejemplo, en "Niebla":

"Quiero vivir, vivir... y ser yo, yo, yo..."³⁴

Quizá sobrevivir, aunque sea sólo como ente de ficción, como uno de sus personajes, como Augusto:

Yo no puedo morirme, sólo se muere el que está vivo, el que existe, y yo como no existo, no puedo morirme; soy inmortal³⁵.

O quizá el grito de Unamuno, anhelo de supervivencia e inmortalidad, sea aquel de su tumba del cementerio de Salamanca:

Méteme Padre eterno en tu pecho,
misterioso hogar,
dormiré allí, pues vengo deshecho
del duro bregar.

32. *D.I.*, p. 52.

33. *D.I.*, p. 141.

34. *Niebla*, Alianza, p. 153.

35. *Niebla*, p. 156.